

JOSÉ ANTONIO CORRALES: CASA EN ARAVACA

José Antonio Corrales nació en Madrid en 1921, y se graduó en la Escuela de Arquitectura de esta ciudad (entonces una de las dos únicas existentes en España, junto a la de Barcelona), en 1948, en un momento de gran escasez de profesionales y notables oportunidades de trabajo. Comenzó colaborando en el estudio de su tío Luis Gutiérrez Soto, uno de los arquitectos madrileños mejor situados profesionalmente, pero pronto renunció a la facilidad que dicha situación podría darle, y se decidió a trabajar por su cuenta. Poco después, en 1952, comenzaría la asociación profesional con un compañero de promoción, Ramón Vázquez Molezún, en lo que sería una pareja de arquitectos que duraría hasta la muerte de éste último más de cuarenta años después.

Casi siempre, por tanto, las notas bibliográficas se refieren a "Corrales y Molezún", que fueron durante décadas (desde la construcción del pabellón español en la feria internacional de Bruselas de 1958) un referente de la modernidad arquitectónica española, en un momento de líneas oficiales historicistas y de notable aislamiento cultural respecto al extranjero. A Corrales y Molezún, entre otros pocos, les debemos la construcción de compromiso arquitectónico con la modernidad, que dio lugar en España a una serie de obras especialmente interesantes desde una enriquecedora y madura heterodoxia, y sobre todo a una línea cultural que ha llenado de contenido la arquitectura española hasta nuestros días.

A pesar de dicha denominación, la colaboración de Corrales y Molezún fue notablemente atípica, pues siempre mantuvieron estudios independientes, y la producción de ambos alterna proyectos conjuntos e individuales, sin más reglas fijas que las circunstancias de cada encargo. Esta estructura abierta permitió también la colaboración de ambos con otros de los más destacados arquitectos de su generación, como Sáenz de Oíza, de la Sota, García de Paredes...

La actividad de Corrales ha sido siempre constante, con un incansable energía para la presentación a concursos (incluso hoy en día). Él mismo dice de sí que ha dedicado al trabajo en la arquitectura casi toda su vida, sacrificando otros aspectos de su vida personal. Por ello, no sorprende que cuando decide construir su casa en Aravaca, ésta contemple la agregación de vivienda y estudio.

José Antonio Corrales construyó su casa entre 1976 y 1977 en un área de residencias unifamiliares al noroeste de Madrid, separada del núcleo urbano por un gran vacío verde.

La casa posibilita la convivencia de un complejo programa de vivienda para una familia numerosa con el estudio del arquitecto, dentro de una poética de negación de la separación, de lo cerrado. El estudio, con posible entrada independiente, refleja en su diafanidad el banqueamiento de la casa, y se separa del resto de la casa por paneles móviles escamoteables, poniendo así de relieve no tanto la posibilidad de aislamiento como la posibilidad de fusión. Como resultado, la característica más

sorprendente y valiosa de su espacio: las larguísimas visuales, la riqueza del espacio que, a través de ranuras, superposiciones de cotas y planos, de objetos y estancias, resulta siempre complejamente múltiple, inacabable, negación de un supuesto límite entre la contención y clausura del espacio privado y la imprevisibilidad del espacio público.

Tras su construcción, el arquitecto vivió allí durante unos años, pero más tarde quedó deshabitada (aunque no descuidada) por avatares de su vida; a pesar del carácter experimental y artesanal (inventivo) de muchas de sus propuestas, se conserva impecablemente tras sus primeros veinticinco años. Recientemente fue vendida a un familiar.

Se asienta la casa en una parcela de forma triangular, con pendiente y vistas hacia el sur, encajonada entre otras parcelas, y con acceso por su vértice superior, a través de un estrecho y largo "callejón" que le roba cuanto de "fachada" urbana pudiera tener (idónea situación y condición, de enclave oculto, que niega de raíz tantas tentaciones de figuratividad pública). Las ordenanzas obligan a una separación de al menos cinco metros, de cuya copia respetuosa se deriva dócilmente la huella de la casa. Estos espacios "obligados" cobran sentido como alternativas de entrada a la casa, como zonas de servicio o expansión, de tal modo que toda la parcela es entendida como un espacio a disposición, sin zonas muertas que no queden activadas por la propia casa. No es ésta un objeto "colocado en" un espacio, sino que es todo el conjunto una unidad entendida como tal desde la arquitectura.

Así, la casa se escalona plegándose a los dictados del terreno, refleja este movimiento en los quiebros de su cubierta, por donde la casa recibe el regalo de la luz y hace posible la sorprendente continuidad de su espacio interior. En su extremo sur, la casa se extiende hacia su jardín, más allá de sí misma, en un umbral profundo e indeterminado, en un umbráculo que protege y gradúa la "exterioridad" de este espacio, que, una vez más, no es "lo que queda vacío", sino ese más allá de la misma casa, que, al dejar de ser objeto, se transforma en esa capacidad de adquirir e imantar el espacio a través de un cierto empleo de la materia... eso que llamamos arquitectura.

Y como en muchas de las mejores cimas, no es la casa receptáculo que luego se ha de "amueblar", ni se trata tampoco de ese camuflaje (tan valioso, sin embargo), en el que los "muebles" se funden en los paramentos y al tiempo que pierden su movilidad dicen integrarse con el edificio. No. Aquí el hecho arquitectónico entendido como una integridad de intenciones hace difícil la distinción entre categorías, y así, los escaños a medio camino entre el escalón y el asiento (pero que sirven de base a un sofá), que conforman ese núcleo deprimido en torno al cual se concentra el espacio social de reunión; estos mismos desniveles que protegen o exponen, que matizan la relación de cada área con el exterior; la caja de la cocina, objeto naciente de ese mismo suelo y que se abre desde ese otro interior dentro del interior hacia el hogar central.

Cuando la casa quiere ascender a su planta superior (entrada a media altura, negando de raíz las dualidades cerradas), es el tablero de madera (okumen) que nos sirve de pavimento el que se

pliega elevándose según la pauta de lo que por inercia denominamos “escalera”, pero negando inmediatamente el corsé al desplegarse como límite ambiguo de esa planta superior, en espacios intermedios de conflictiva denominación.

O cuando necesita abrirse hacia los laterales (incómodos por la presencia del vecino, incomodado éste por nuestra presencia), lejos de recurrir a modelos más o menos sofisticados de “ventanas”, se vale de otra pieza más de tablero contrachapado, con tan sólo el añadido de los mínimos herrajes que permitan su movimiento...

Hablamos por tanto de una construcción “física” (dos y dos no olvidan su materia, y siguen siendo cuatro), en seco, de perfiles metálicos, tableros atornillados en suelos y paramentos, tableros de encofrar móviles que protegerán del sol en espacios ambiguos, colores neutros (blanco, salmón, gris, que no pretenden imponer una idea ni una poética formal); hablamos, por tanto, de una invención permanente, de una puesta en duda de los términos (fachada, lindero, patio, ventana, parasol), por ello precisamente más auténticos que cuando, aprendidos, se siguen haciendo.

Que esta casa se construyera en esos años indica claramente cómo algunos arquitectos fueron capaces de no dejarse arrastrar por las terribles modas del momento, por la tremenda desorientación de aquellos tiempos. Corrales siempre ha seguido una línea de modernidad, entendida fundamentalmente desde el rigor constructivo, y la capacidad de encontrar posibilidades arquitectónicas a través de nuevos modos de manipular los materiales. En la memoria del proyecto no encontraremos sino descripciones materiales, enunciación de problemas y soluciones, presentación de hechos.

Ha sido poco publicada, casi solamente en monografías de su autor, y siempre con el problema de la dificultad de unas fotografías que retraten adecuadamente muchas de las cualidades aquí expuestas. Incluso el cabal entendimiento del espacio se hace difícil a través de los planos, que, tal como el espacio real, no saben distinguir de límites (o no quieren), porque la arquitectura se les escapa, siempre, más allá.

Quizá sea el plano de cubiertas el que mejor explique ese modo de hacer. De forma paralela a como se renuncia a “una escalera” o “una ventana”, sino que se elige lúdicamente un pavimento que se pliega o un tablero que se mueve, Corrales renuncia a la construcción de un objeto sobre un paisaje, sino que, sin necesidad de recurrir a técnicas de ocultación o camaleonismo, opta por lanzar cabos que atan y construyen otra realidad.... como dirían A+PS, “the charged void: architecture”.